

surge vivo de este proceso psicológico de una vida de tan extrema tensión. La obra está magníficamente impresa y exornada con sugestivos grabados.

María Luisa Bombal

A propósito del libro de María Luisa Bombal, *La última niebla*, hermosa novela de la que *Atenea* se ocupó en su oportunidad, ha escrito Amado Alonso en el número 3 de la revista *Nosotros*, (segunda época) un interesante artículo, pleno de sugerencias. No hay, por supuesto, intención alguna de descubrir a Luisa Bombal. El hecho de que la crítica chilena no se haya preocupado con mayor extensión de esa novela, débese en gran parte a una circunstancia que es corriente en lo que se refiere a obras editadas en Buenos Aires: no llegan a Chile y si llegan sólo es en número reducido de ejemplares. La novela que tan elogioso juicio—muy justificado—merece al ilustre escritor español, conocido nuestro y admirado aquí por los que han seguido su interesante labor, fué sólo apreciada por unos pocos. Las librerías no tuvieron noticias de su aparición. El análisis de Alonso es hondo y sugerente. Queremos sólo reproducir algunos de los conceptos que le merece la novela en Chile y que ha ser de interés para los escritores chilenos. Dice Alonso:

«La autora de *La última niebla*, María Luisa Bombal, chilena argentinizada, procede de un país donde el arte de narrar ha sido y es cultivado con especial predilección, a pesar del universal decaimiento de la novela. Ciertamente que Chile no cuenta, hasta hoy, con ninguna de esas cuatro o cinco novelas americanas de circulación internacional cuyo éxito se apoya, a medias, en la calidad literaria y en el folklorismo artísticamente presentado, como *Los de Abajo*, del mexicano Azuela, *Doña Bárbara*, del venezolano Gallegos, *La Vorágine*, del colombiano Rivera, *Don Segundo Sombra*, de nuestro Güiraldes; pero su producción novelesca es de merecida consideración. Sin contar ya con Blest Ga-

na, que pasa por haber creado la novela chilena, desde su retiro de París, ya jubilado de la diplomacia, no con Federico Gana y Baldomero Lillo, también desaparecidos, salgan aquí los nombres de Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pedro Prado, Marta Brunet, Garrido Merino, Eduardo Barrios, Augusto d'Halmar, González Vera, Salvador Reyes, Jenaro Prieto, etc. Y sin embargo, el influjo de ese ambiente literario sobre María Luisa Bombal apenas ha podido alcanzar a más que a avivarla—quizá—sobre la vigencia todavía actual del relato como procedimiento circulante de expresión y de creación. Pues, fuera de haber elegido la narración de una historia imaginaria como medio de expresarse, el arte de la Bombal queda extraño al de sus compatriotas. Los novelistas y cuentistas chilenos, con sorprendente disciplina, se han aplicado y se siguen aplicando a cumplir una concepción naturalista del arte de narrar. Y cuando más denodadamente han tratado estos escritores de «independizarse» tomando sus temas del campo y de las ciudades de su país, de sus minas de carbón, de sus pescadores, agricultores y ganaderos, de sus viajeros ricos, de sus niñas de «dancing», de sus rotos y huasos, cuanto más nacionalistas se muestran en la elección de los materiales, más sometidos siguen a la fórmula naturalista de la novela, no la de los sensitivos y atormentados hermanos Goncourt, sino tal como lo hizo triunfar por unos lustros el poderoso Zola. Declaremos con gusto que en este terreno los escritores chilenos han dado a su patria un bloque de literatura de indudable valor, como quizá no tenga equiparable ningún otro país sudamericano; pero esto mismo, revelador de encomiables talentos, hace más de lamentar la uniforme postura naturalista: sobre tan diversos temperamentos el naturalismo actúa como una ortopedia igualadora. Uno ve con simpatía y como ley de la misma libre creación literaria, el que toda una generación y aun varias, de escritores se pongan unánimes a cumplir una concepción concorde del arte; pero es cuando cada uno la ve todavía naciente, repleta de posibilidades y por lo tanto, cuando cada

uno puede todavía cooperar en la conformación del movimiento literario introduciendo su propia originalidad como una de las características de la escuela. Otra cosa es el que generaciones enteras de narradores adopten desde lejos—tiempo y espacio—un credo artístico que la misma Francia, su inventora, se apresuró en seguida a abandonar por agotado a los suburbios de la literatura. Entonces ya no hay creación sino fórmula; los diversos temperamentos ya no enriquecen y amplían a la escuela literaria, sino que la escuela empobrece y limita, cuando no deforma cruelmente, a los talentos individuales».

Las apreciaciones del escritor español radicado en Buenos Aires son en cierto modo exactas. Esperamos que algún escritor chileno, de entre los narradores, recoja la alusión.

Premio Roma

El Premio Roma fué concedido este año a Lautaro García, por su bello libro de evocaciones, *Imaginerio de la Infancia*. El Premio Roma, instituído como se sabe por la Academia Roma, es como la prolongación de la corriente latina en nuestras empresas intelectuales. Hemos ya aplaudido en otras oportunidades la fundación de este premio, con el cual se aspira a estimular la producción literaria de Chile. El premio otorgado a Lautaro García es muy justo. El libro citado obtuvo un éxito franco de crítica y confirmó plenamente las cualidades de este temperamento inquieto y vivo, que recuerda la modernidad de procedimientos de algunos autores italianos. En García hay un fervoroso de las letras italianas, movilidad alegre, sentido humano y culto del estilo.

Por lo demás, Lautaro García en la crítica teatral y en el teatro mismo había demostrado ya su don de observación y su curioso sentido de las formas modernas de arte. Viajero y cantante, pintor y crítico, novelista y cuentista. Es una variedad de aptitudes las que exhornan la personalidad del autor de *El*